

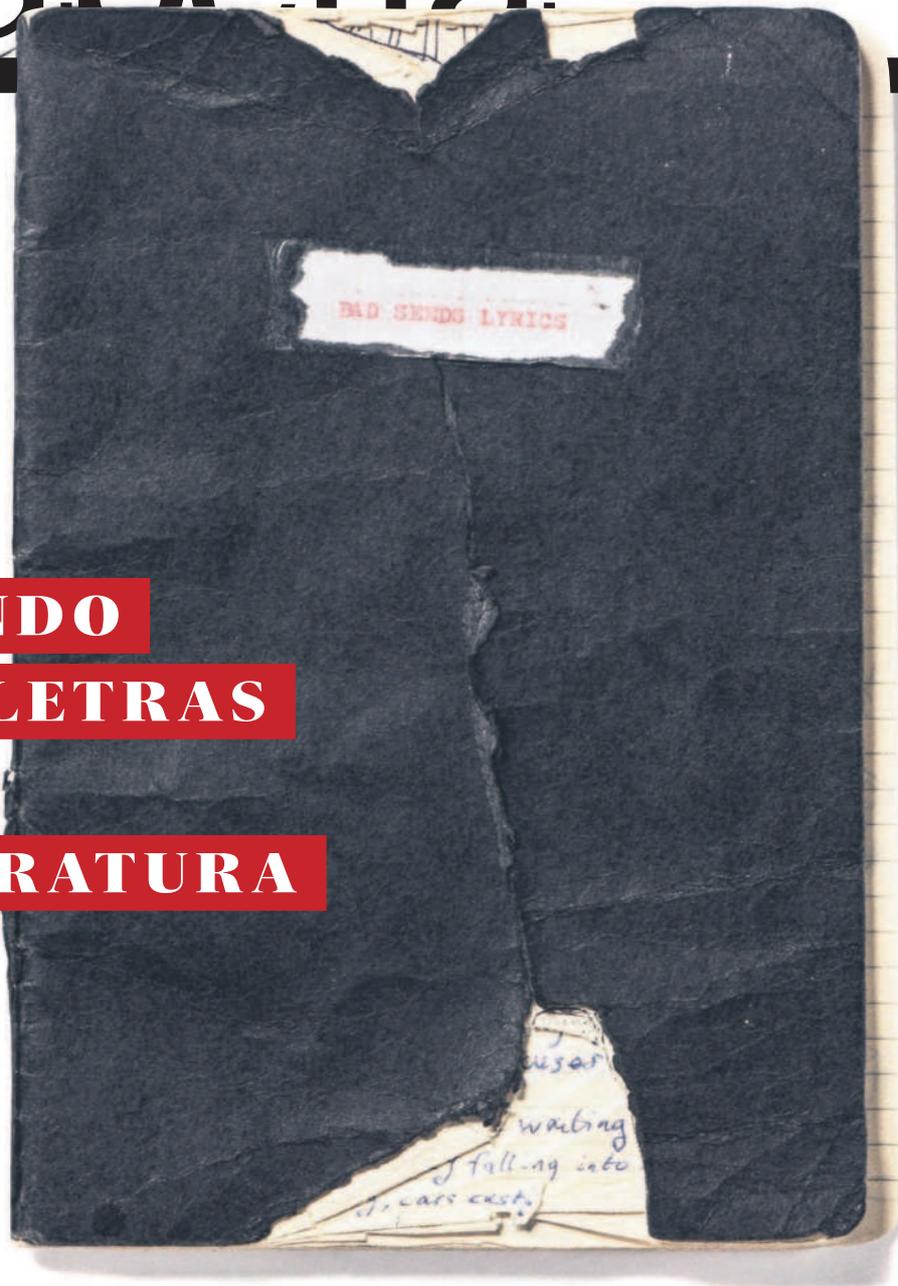
Nueva normalidad. Patricio Pron repasa lo más singular de la narrativa reciente PÁGINAS 8 Y 9

El futuro de la arquitectura. La emergencia obliga a elegir: más iconos o construcción social PÁGINAS 12 Y 13

Babelia

Nº 1.503
SÁBADO
12 DE SEPTIEMBRE
DE 2020

EL PAÍS



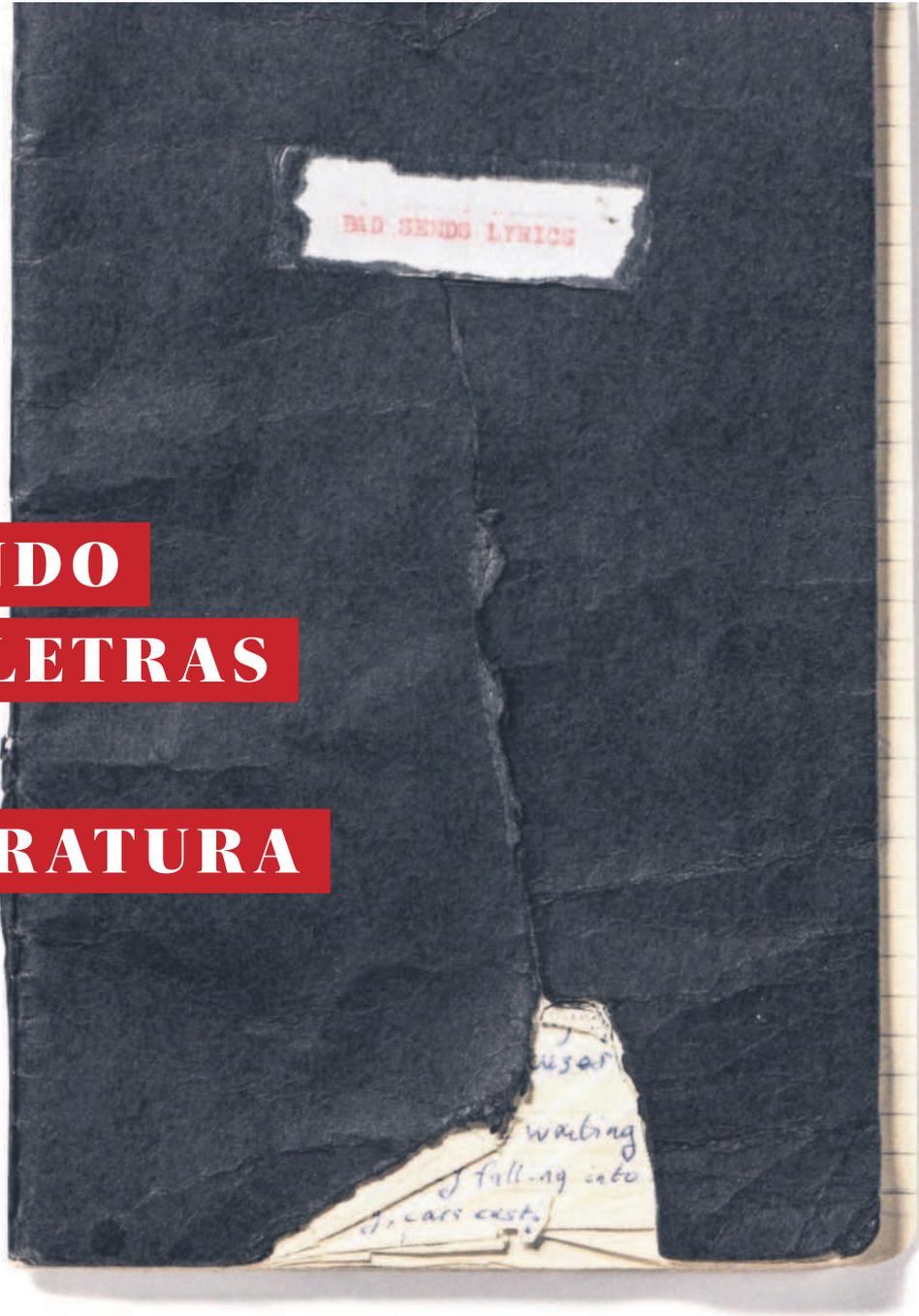
**CUANDO
LAS LETRAS
SON
LITERATURA**

Cuaderno de letras de Nick Cave and The Bad Seeds, incluido en la exposición *Stranger Than Kindness*, en Copenhague. ANDERS SUNE BERG (ROYAL DANISH LIBRARY)

Julieta Venegas, Toteking, María Rodés y Luis Alberto de Cuenca charlan sobre la relación entre letra y música, el valor literario del rap o por qué Pavese puede ser más misógino que C. Tangana

Nick Cave, que reúne toda su obra lírica, escribe acerca del secreto de las canciones de amor

**CUANDO
LAS LETRAS
SON
LITERATURA**



Cuaderno de letras de Nick Cave and The Bad Seeds, incluido en la exposición *Stranger Than Kindness*, en Copenhague. ANDERS SUNE BERG (ROYAL DANISH LIBRARY)

Julietta Venegas, Toteking, María Rodés y Luis Alberto de Cuenca charlan sobre la relación entre letra y música, el valor literario del rap o por qué Pavese puede ser más misógino que C. Tangana

Nick Cave, que reúne toda su obra lírica, escribe acerca del secreto de las canciones de amor



Chica del oeste

Con su sonrisa torva y su faz de corazón Viene del oeste donde los pájaros trinan graves

Su gran corazón a todos nos hospeda Allí se implora, perdona y aconseja

Su despejada frente, los labios besados Su muñeca enguantada de huesos Que he sostenido en mi mano

Sus afrodisíacos y afeites

El cuerpo divino y su vía crucis Que recorri, sus palpitaciones Su bebé no-nato que llora "mami". Entre los despojos de su cuerpo

Sus ojos-párpados adorables que sorbí Sus uñas rotas

Su acento "arrastrado" según dicen Que yo escuché, que se vertió

En mi corazón y me rebosó De amor, y me mató

Pero me rehízo

Con algo a lo que aspirar

¿Se puede pedir más?

Una chica del oeste con su gato gordo Que mira sus ojos verdes

Y maulla, "Te quiere"; y maulla otra vez

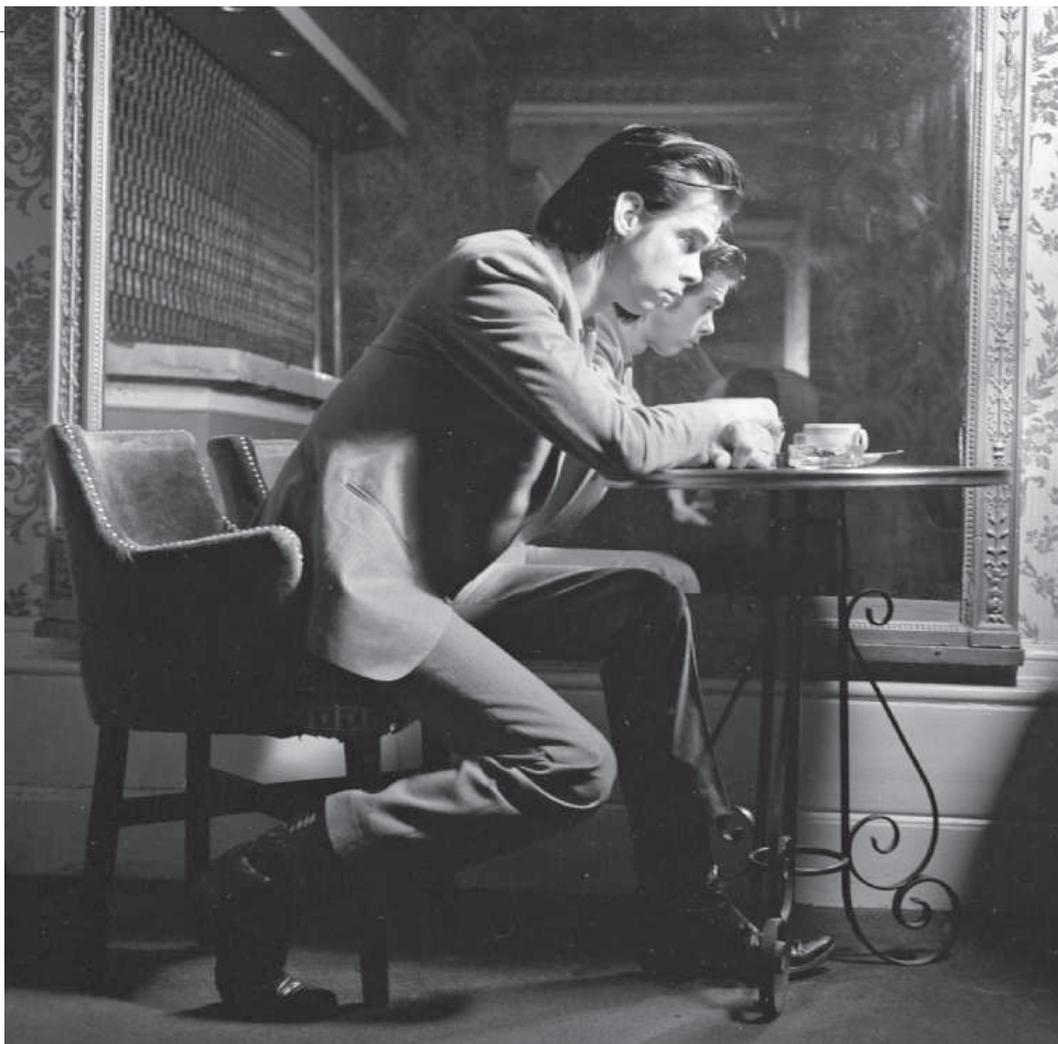
Esto que acaban de leer es una canción llamada *West Country Girl*. Es una Canción de Amor.

Arrancó, en su más tierna inocencia, como un poema. Lo escribí con el corazón abriéndose paso entre mis fauces, consignando, a modo de inventario, el inconmensurable repertorio de matices físicos que me atrajo de una persona en particular... *Chica del oeste*. Me ayudó a esbozar mis propios criterios sobre la belleza, mi particular verdad sobre la belleza; pese a cuán oblicua, cruel y empobrecida pudiera antojarse. Una lista de cosas que amaba, y, en verdad, un desacomplejado ejercicio de adulación, urdido para conquistarla. Y, a decir verdad, funcionó y no funcionó. Pero la magia de la Canción de Amor es que perdura hasta donde el objeto de la canción no alcanza. Se adhiere a ti y te acompaña en el tiempo. Pero hace más que eso, porque, así como es tarea nuestra avanzar, desechando nuestro pasado, para cambiar y crecer —en resumen, para perdonarnos a nosotros mismos y al prójimo—, la Canción de Amor atesora en sus entrañas una inteligencia misteriosa que le permite reinventar el pasado y ponerlo a los pies del presente.

West Country Girl vino a mí con inocencia y a pleno sol, como un poema sobre una joven. Pero ha conseguido lo que toda canción de amor que se precie debe hacer para sobrevivir, ha reclamado su derecho a existir con identidad propia. La he visto crecer y mutar con el tiempo. Se presenta ahora como una advertencia con moraleja, una receta con los ingredientes para una pócima de brujas, se lee como la autopsia de un forense, o un mensaje estampado en un letrero de caballete colgante a hombros de un tipo con los ojos desorbitados anunciando: "El fin del mundo está a vuestro alcance". Una voz ronca que en la oscuridad croa: "Cuidado..., tengan cuidado..., tengan cuidado".

La gente no mola

*La gente no mola
Hay poco más que decir
Se ve donde quiera que mires
La gente no mola
Nos casamos bajo los cerezos
Bajo las flores nos prometimos
Y nos llo-*



El músico Nick Cave, retratado en 1988. JOHN STODDART (POPPERFOTO / GETTY IMAGES)

La vida secreta de la canción de amor

El cantante australiano analiza en este texto la relación entre música, escritura y sentimiento de pérdida. El líder de The Bad Seeds recoge todas sus letras en un volumen que próximamente se publicará en castellano

Por Nick Cave

vieron flores a mares Por las calles y los parques

El sol se vertía en las sábanas Despiertos por el pájaro de la mañana Comprámbamos los diarios del domingo Sin leer una palabra

La gente no mola La gente no mola La gente no mola

Las estaciones van y vienen

El invierno desnudó las ramas

Y otros árboles bordean las calles

Sacudiendo sus puños al aire

El invierno nos sacudió como un puño

Y los vientos azotaron las ventanas

Ella corrió los visillos

Hechos de sus velos nupciales

La gente no mola

La gente no mola La gente no mola

A nuestro amor manda doce lirios blancos

A nuestro amor manda un ataúd de madera

Que nuestro amor las palomas de ojo rosa arrullen:

"La gente no mola"

A nuestro amor devuelve todas las cartas

A nuestro amor manda una ofrenda de sangre

Que nuestro amor lloren los amantes dolidos

Lloren la gente no mola

No es que sean malos con ganas

Hasta pueden consolarte, y lo intentan

Te atienden si tu salud se resiente

Te entierran si vas y te mueres

No es que sean malos adrede

Si pudieran te harían compañía

Pero, nena, todo eso son boludeces

La gente no mola La gente no mola

La gente no mola La gente no mola

La gente no mola La gente no mola

La gente no mola

En retrospectiva, podría alegarse que, a lo largo de estos últimos 20 años, se ha mantenido cierta coherencia en mi discurso. En medio de la locura y el caos, parecería como si hubiera estado aporreando un solo tambor. Puedo constatar, sin ruborizarme, cómo mi vida artística se ha centrado en el afán por articular la crónica de una sensación de pérdida casi palpable que, para colmo, parecía reclamar mi propia vida. La inesperada muerte de mi padre iba a dejar un gran vacío en mi mundo cuando apenas contaba 19 años. Lo único que fui capaz de urdir para llenar este agujero fue ponerme a escribir. Mi padre, profesor de literatura, me adiestró a tal efecto como si con ello pretendiera ya prepararme para su marcha. La escritura fue el salvoconducto para acceder a mi imaginación, a la inspiración y, en última instancia, a Dios. Descubrí que a través del lenguaje estaba dirigiéndome a un Dios de carne y hueso. El lenguaje se convirtió en el manto que arrojé sobre el hombre invisible, lo que le confirió forma y fondo. La transubstanciación de Dios a través de la Canción de Amor sigue siendo mi principal motivación como artista.

La pérdida de mi padre dejó en mi vida un vacío, un espacio por el que mis palabras comenzaron a flotar y encontrar su propósito. El gran W. H. Auden dijo: "La por muchos llamada experiencia traumática no es un accidente, sino la oportunidad que el niño ha estado aguardando pacientemente; de no haber sido ésta, habría encon-

Queda prohibida la distribución, copia o reproducción de este artículo si no dispone de la licencia correspondiente con los titulares de los derechos de autor.



La muerte de mi padre cuando yo tenía 19 años dejó un vacío que solo pude llenar escribiendo

En el rock hay a menudo ira y emoción, pero escasea la tristeza de la que hablaba García Lorca

trado otra para que su vida se convirtiera en un asunto serio". La muerte de mi padre fue, no cabe duda, la experiencia traumática de la que Auden nos habla, la que dejó el vacío que solo Dios podía llenar. Cuán hermosa es la noción de que nosotros mismos alumbramos nuestras propias catástrofes personales y que nuestras propias fuerzas creativas son, a su vez, de instrumental importancia para que así sea. Nuestros impulsos creativos permanecen en los flancos de nuestras vidas, prestos para tendernos una emboscada, dispuestos a asaltarlos y plantar pica en escena perforando nuestra conciencia —abriendo brechas a través de las cuales puede surgir la inspiración—. Cada uno de nosotros tiene la necesidad de crear, y la asimilación del dolor es, en sí misma, un acto creativo.

Aunque la Canción de Amor se manifiesta de muchas formas —canciones de exaltación y alabanza, de rabia y desesperación, eróticas, de abandono y pérdida—, en todas ellas se invoca al Creador; pues es en la embrujadora premisa del anhelo donde la verdadera Canción de Amor habita. Es un aullido en el vacío que clama al cielo amor y consuelo, y pervive en los labios del niño que llora a su madre. Es la canción del amante que se desespera por su ser querido, el delirio del lunático suplicante invocando a su dios. Es el desgarrador lamento del que, encadenado a la tierra, anhela alzar el vuelo, el vuelo hacia la inspiración, la imaginación y la divinidad.

La Canción de Amor sería, por tanto, la materialización de nuestros vanos esfuerzos por convertirnos en seres divinos, para elevarnos por encima de lo terrenal y de lo banal. Creo que la Canción de Amor es, por definición —y por antonomasia—, la canción de la tristeza, el sonido verdadero de la pena. Todos experimentamos en lo más hondo de nuestro ser lo que los portugueses felizmente dieron en denominar *saudade*, término que se traduce como una suerte de anhelo inexplicable, la innombrable y enigmática ansia que anida en el alma, y es este sentimiento el que vive en los reinos de la imaginación y la inspiración; y es, a su vez, el caldo de cultivo del que emerge la canción de la tristeza, la Canción de Amor. *Saudade* es el deseo de ser transportado de la oscuridad a la luz, de ser acariciado por lo que no es de este mundo. La Canción de Amor es la luz divina, desde lo más profundo de nuestras entrañas, estallando a través de nuestras heridas.

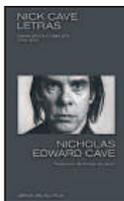
En su brillante conferencia titulada *Juego y teoría del duende*, Federico García Lorca se apresta a esbozar una plausible explicación sobre la extraña e inexplicable tristeza que anida en el corazón de ciertas obras de arte. "Todo lo que tiene sonidos oscuros tiene duende". Para, acto seguido, añadir: "Ese misterioso poder que todos sienten pero el filósofo no puede explicar". En la música rock contemporánea, inframundo en el que me gano el sustento, la música parece menos inclinada a cobijar en su alma, inquieta y temerosa, la tristeza de la que nos habla Lorca. Emoción, a menudo; ira, no pocas veces, pero la verdadera tristeza escasea. Bob Dylan siempre la padeció. Leonard Cohen se centra, específicamente, en su tratamiento. Persegue a Van Morrison como un perro rabioso y, aunque lo intenta, no puede sustraerse a su sombra. Tom Waits y Neil Young pueden, en ocasiones, invocarla. Mis amigos The Dirty lo cargan a granel pero, a modo de epitafio, podría aventurarse que el duende se antoja demasiado frágil para sobrevivir a la modernidad compulsiva de la industria discográfica. En la tecnocracia histórica de la música moderna, se obliga a la pena a hacinarse en la última fila del aula, donde toma asiento, meándose de miedo en los pantalones. La tristeza o duende necesita espacio para respirar. La melancolía detesta el apremio y flota en silencio. Siento pena por la tristeza, mientras saltamos por todas

partes, negándole su voz y tratando de verbalizarla e impulsarla hacia otros confines. No es de extrañar que la tristeza no sonría a menudo. Tampoco es de extrañar que la tristeza siga tan triste. Todas las Canciones de Amor tienen que tener duende porque la Canción de Amor nunca es, sencilla y llanamente, felicidad. Primero debe hacer suyo el potencial para expresar el dolor. Esas canciones que hablan de amor, sin tener entre sus versos un lamento o una sola lágrima, no son Canciones de Amor en absoluto, sino más bien Canciones de Odio disfrazadas de Canciones de Amor; y no merecen, siquiera, nuestra más mínima atención. Estas canciones nos despojan de nuestra humanidad

y de nuestro derecho, por Dios concedido, a estar —y a sentirnos— tristes, y las ondas están infestadas de ellas. La Canción de Amor debe resonar con los susurros de la tristeza y los ecos del dolor. El escritor que se niega a explorar las regiones más oscuras del corazón jamás podrá escribir convincentemente sobre el poder del encantamiento, la magia y la alegría del amor, pues al igual que no puede confiarse en el bien a menos que haya respirado el mismo aire que el mal —la metáfora del Unigénito crucificado entre dos criminales viene aquí a mi mente—, en la estructura de la Canción de Amor, en su melodía, en la letra, debe uno sentir que ha saboreado la capacidad de sufrimiento.

Este texto es un extracto de una conferencia recogida en el volumen que reúne la obra lírica de Nick Cave.

La exposición 'Stranger Than Kindness. The Nick Cave Exhibition' puede verse en The Black Diamond, la Biblioteca Real de Copenhague, hasta el 3 de octubre.



Letras. Obra lírica completa, 1978-2019

Nick Cave
Traducción de Miquel Izquierdo
Libros del Kultrum, 2020
464 páginas
24,95 euros